

PANEGÍRICO  
DE  
SANTA CECILIA  
COMO PATRONA DE LOS MÚSICOS,

predicado en la Iglesia de San Francisco de esta Ciudad  
de Palencia,

POR

*D. Juan Alvarez Vega,*

Presbítero y Catedrático del Instituto provincial.



Tipografía de Hijos de Gutierrez; Zurradores, 23.

1877.

G-F 1757

**LIBRERIA JIMENEZ**

Mayor, 66

MADRID

PANEGÍRICO  
DE  
SANTA CECILIA.

1877.

CATA 45239  
C. B. 71970755

PARRIFICRICO

SANTA CECILIA

AND PATRONA OF THE MUSES

SANTA CECILIA

1777

PANEGÍRICO  
DE  
SANTA CECILIA  
COMO PATRONA DE LOS MÚSICOS,

predicado en la Iglesia de San Francisco de esta Ciudad  
de Palencia,

POR

*D. Juan Alvarez Vega,*

Presbítero y Catedrático del Instituto provincial.



Tipografía de Hijos de Gutierrez; Zurradores, 23.

1877.

El Autor ha cedido á los generosos deseos de los señores Músicos facultándoles para imprimir y vender por su cuenta este panegirico, con objeto de que inviertan las utilidades en beneficio de su Santa Patrona.



R 174387

*Amen quippe dico vobis, si habueritis fidem, sicut granum sinapis, dicetis monte huic: Transi hinc illuc, et transibit, et nihil impossibile erit vobis.*

En verdad os digo, que si tuviereis fé, quanto un grano de mostaza, direis á este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible.

S. MAT. CAP. XVII. V. 19.

La naturaleza y el arte, el don de Dios y el trabajo del hombre: ved aquí, carísimos hermanos, los dos polos sobre que gira la grande obra de nuestra perfeccion; los dos resortes, que cogiendo por delante á la humanidad con todos sus elementos, la impulsan y la elevan hacia la meta de sus aspiraciones; la naturaleza y el arte. La naturaleza, obra de Dios, y el arte, obra del hombre: la naturaleza dá la materia, el arte presta la forma: la naturaleza dá el talento, el arte alcanza la ciencia: la naturaleza dá el apetito, el arte conquista el bien: la naturaleza dá el

gênio, el arte realiza las creaciones: la naturaleza pone el andamio, el arte dirige la subida: la naturaleza pone el cimiento, el arte levanta y corona. Corona, si, las reclamaciones del cuerpo, con las comodidades de la industria; las aspiraciones del entendimiento, con los resplandores de la verdad; los conatos de la voluntad, con el floron de la virtud; y los afectos del corazon, con la aureola de la belleza. Él es el mas genuino y entusiasta representante del *mas allá*; ese fiel eco de la humana inclinacion á lo infinito; ese grito de protesta contra los que pretenden encerrar nuestro destino en los estrechos límites de esta vida. ¡Más allá! dice en el órden sensible el arte mecánico. ¡Mas allá! dice en el órden científico el arte del estudio. ¡Mas allá! dice en el órden moral el arte de la virtud. ¡Más allá! dice en el órden estético el arte de la belleza.

¡Ah! ¡El arte de lo bello! ¡el arte de las creaciones! ¡el arte por excelencia! ¡el arte verdaderamente divino, puesto que imita á Dios en su creacion! Yo te saludo, arte seductor, precioso jardin de flores, que, brotando de la sávia de la verdad al contacto del amor, cubres con vestidura de gala todas las esferas de nuestra actividad. ¡Salve, arte sublime! ¡mundo admirable! que tienes por sol el ideal divino, por estrellas los génios, por atmósfera el sentimiento, por habitantes los corazones, y por horizontes las academias y los museos, los templos y las bibliotecas, las ciudades y los caminos. ¡Dichosos mil veces los génios



alumbrados por aquel sol, y los corazones que respiran aquella atmósfera! ¡Dichosos mil veces todos los que merecen el glorioso nombre de artistas! Ellos son literalmente la porcion florida de la humanidad; porque, asi como la flor viene á ser en las plantas la última y la mas bella espresion de su vida, los artistas tienen á su cargo el producir la última y la mas bella espresion de nuestro desarrollo, la flor de nuestras aspiraciones: la flor de las formas en la arquitectura y escultura; la flor de los colores en la pintura, la flor de los sonidos en la música, la flor de las palabras en la poesía: y con la flor de las formas y los colores, de los sonidos y las palabras, la flor de las ideas y los afectos, la flor de la verdad y del bien.

Distinguidos profesores de música: vosotros formais parte de esta legion escogida: á vosotros toca traducir la flor de la verdad y del bien en la flor de las sonoras armonías: vosotros estais encargados de hablarnos en la tierra la lengua que hablan los ángeles en el cielo. Pero si alta y noble es vuestra mision, en la que podeis gloriaros, tampoco ignorais que son graves las dificultades que ofrece y exquisitas las condiciones que exige: por eso, desconfiando de vuestras propias fuerzas, habeis, con razon, acudido al cielo en busca de proteccion y auxilio, deputando cerca del Altísimo un procurador y abogado, que represente vuestras necesidades y os demande el socorro divino: por eso os habeis encomendado á la proteccion de SANTA CECILIA, ilustre doncella romana,

gloria del cristianismo, ínclita heroína en la fé y la esperanza, en el amor y el entusiasmo, en la pureza y en la abnegacion, en el sufrimiento y la constancia; condiciones todas que debe reunir un buen artista, y por consiguiente un buen músico. Pero en la imposibilidad de recorrerlas todas, yo me limitaré hoy á presentaros á SANTA CECILIA como *un modelo de la triple fé que deben tener los músicos; la fé en su ideal, la fé en su poder, y la fé en su espresion*. Y ved aquí el objeto, la division y el órden de mi discurso.

Bienaventurada CECILIA: tú que estás tan cerca de la Madre de gracia y del Padre de las misericordias, mira si alcanzas misericordia y gracia para este miserable pecador, que se atreve á celebrar tus virtudes sin ser virtuoso, y á cantar tus alabanzas sin ser músico. Por esto necesita más que otro alguno la inspiracion del Cielo: y para conseguirla más facilmente, postrado con su auditorio ante el adorable Sacramento del Altar, saluda á la inmaculada Virgen diciendo:

AVE MARIA.

*Amen quippe dico vobis, si habueritis fidem....*

En verdad os digo que si tuvieris fé.....

S. MAT. CAP. XVII. V. 19.

La palanca no obra sin punto de apoyo: el árbol no crece sin sus raíces: el pájaro no se sostiene sin atmósfera. Pues el génio artistico sin fé, es una palanca sin punto de apoyo, un árbol sin raíces, un pájaro sin atmósfera. En nuestra economía racional, primero es conocer que querer, antes creer que obrar. Si el desterrado suspira por su pátria, es por que crée en su existencia y maternal acogida: si el enfermo desea la salud, es porque crée en sus beneficios: si el orador procura el triunfo de su palabra, es porque crée en la verdad de su doctrina. Suprimid la fé de estos tres séres; y fracasarán los esfuerzos del orador por falta de punto de apoyo, y morirán los deseos del enfermo por falta de raíces, y se apagarán los suspiros del desterrado por falta de atmósfera.

Pues bien, señores; en mi concepto, el músico

verdaderamente artista puede considerarse como un desterrado, que desea pisar el suelo de su pátria, y para esto necesita la fé en su ideal: como un enfermo, que desea dominar las causas de su dolencia, y para esto necesita la fé en su poder: como un orador, que desea ver el triunfo de su palabra, y para esto necesita la fé en su espresion.

## I.

El músico es, en primer lugar, un desterrado; porque su pátria no está en la realidad de esta vida: su pátria es el ideal de la belleza infinita reflejada en la forma de los sonidos; el ideal de aquellas puras, sublimes y célicas armonías, suaves sobre toda suavidad, delicadas sobre toda delicadeza, y perfectas sobre toda perfeccion; como que no tropiezan ni con la veleidad del aire, ni con la imperfeccion de los órganos, ni con la rebeldía de los instrumentos; como que salen de la boca de los ángeles, y se trasmiten por la atmósfera del amor, y se escuchan con los oídos del espíritu. Ideal que el músico vislumbra desde la cima de su génio: armonías que presiente y escucha desde el fondo de su alma, en los críticos y silenciosos momentos de la inspiracion, pudiendo decir de sí mismo estas palabras de Lamartine:

En el silencio de dulces alegrías,

El alma percibe inmensas armonías.

Y al percibir aquel ideal, y al escuchar estas armonías, esclama lleno de entusiasmo: «Esa es mi pátria, esa es la luz con que ven mis ojos, ese el calor que sostiene mi vida, esa es la atmósfera que alimenta mi respiracion, esa es la lengua que yo entiendo, esos son los amigos con quienes quiero comunicarme. Esa es mi pátria, si: allí está mi sol, el Verbo divino, el esplendor de la gloria: allí está mi padre y maestro, el Artista Supremo de la creacion, el Autor de ese sublime y universal concierto, que forman todos los mundos en la inmensidad del espacio: allí está mi madre, la Reina de las armonías, como de toda hermosura; la de los blandos suspiros, la de los dulces acentos, la de las sentidas quejas, la del amoroso canto, María: allí está mi amada, la belleza: allí está mi atmósfera, el amor: allí están mis compañeros, los ángeles. Esa es mi pátria, allá voy. Bien sé que el camino es largo y penoso; pero es mi pátria, allá voy». Y, apoyando la etérea planta de su génio sobre esta conviccion profunda é inquebrantable fé, salta ligero á su impulso, como la saeta al impulso de la tirante cuerda, en prosecucion de su ideal; y cuando crée haberlo aprendido, cuando lleno de satisfaccion presume encerrarlo y traducirlo en la forma sensible creada por su fantasía, ¡ah, ¡cruel engaño! contempla su obra, la compara con su ideal, y dice lleno de amargura: «No es esto; no son estas las

voces que yo oí; no son estos los sonidos que yo escuché; no son estas las armonías que me cautivaron; no es este mi ideál; no es esta mi pátria; mi pátria y mi ideál son mucho más que todo esto». Y apoyado en la misma fé, torna á subir, dá á luz nuevas creaciones; y la música crece, y la música se depura, y la música se desarrolla, acercándose cada vez mas al Ideál supremo, aunque sin alcanzarlo nunca en esta vida.

¿No es verdad, señores, que aquel ideál es la verdadera pátria del músico? A vosotros apelo, profesores del arte: vosotros direis si no es cierto que, despues de haber desfilado ante vuestros oidos esa magestuosa y no interrumpida corriente de armonías naturales, desde el zumbido de la abeja hasta el melodioso canto del ruiseñor, y desde el melancólico gemido de las hojas movidas por la brisa, hasta el ronco estampido del trueno con que brama la tempestad, sale una voz del fondo de vuestra alma, diciendo: «Todo esto es magnífico, admirable, bellissimo; pero no es toda la belleza que concebimos, no iguala á nuestro ideál; esta no es nuestra pátria: *mas allá.*» Vosotros direis tambien si no es cierto que, despues de haber recorrido todas las obras maestras de los príncipes de la música, como Palestrina, Mozart, Cherubini y otros mil, sin dejar de reconocer su indisputable mérito y sublime elevacion, notais todavia un vacío en la realizacion de vuestro ideál, y esclamais como antes: «Tampoco es esto todo lo que

deseamos; nosotros concebimos un *mas allá* en la belleza de los sonidos: tampoco es esta nuestra patria; *adelante.*» Y adelantais, en efecto, sostenidos por esta fé, subiendo tanto más cuanto es más profunda y arraigada, á la manera que el árbol tanto más se eleva, cuanto son más profundas sus raíces.

Suprimid, por el contrario, de la mente del músico la fé en aquel ideal divino, eterno é inmutable: quitadle ese punto de partida, ese sublime objetivo: apartad sus ojos del cielo, volviéndolos exclusivamente hacia la tierra, y le convertiréis en una aguja sin norte, agitándose constantemente sobre un mismo círculo: el génio dejará las alas y tomará pies; dejará de volar y empezará á rastrear; y arrastrando consigo al arte por el inmundo suelo de lo material y sensible, nos regalará ruidos en vez de sonidos, griterías en vez de armonías; porque en lugar de inspirarse en la paz, dulzura y armonía de las célicas mansiones, que no crée, solo se inspirará en el ruido, alboroto y gritería que forman en su derredor las pasiones de este mundo. Pero no; no seréis vosotros los que rebajen el arte á tan repugnante degradacion: vosotros teneis fé, y fé profundísima en el ideal divino: vosotros quereis conservar esta fé como el mas precioso legado de los ilustres maestros que os precedieron: y porque la teneis y quereis conservarla, dedicais esta religiosa solemnidad á SANTA CECILIA, modelo de la misma fé.

Efectivamente, hermanos míos; SANTA CECILIA,

ilustre doncella romana, honra del cristianismo por sus virtudes en el siglo tercero de la Iglesia, nos ofrece un modelo acabado de esa fé en el ideal divino, en el Verbo encarnado, en Jesucristo Dios y Hombre, belleza suprema y síntesis de todas las armonías; puesto que en Él se combina lo sumo de la belleza física en su cuerpo, lo sumo de la belleza moral en su alma, y lo sumo de la belleza divina en su persona. La mayor belleza física, penetrada por la mayor belleza moral, y estas dos bellezas compenetradas por toda la belleza divina: tal es Jesucristo, tal es el ideal del artista cristiano. Pues bien; en este ideal divino tuvo nuestra Santa una fé digna de imitarse. Y en prueba de ello, ved cómo le dedica desde sus primeros años el rico presente de su virginidad, eligiéndole por esposo; porque le crée el mas bello y amable de todos los hombres. Ved cómo busca en Él, por medio de la oracion, los recursos necesarios para conservar fresca, lozana é intacta la flor de su virginidad, contra cualquier tentativa de su esposo en la tierra, Valeriano; porque le cree el más rico y fecundo manantial de su inspiracion. Ved cómo, al decirle Valeriano que está dispuesto á respetar su voto y que solo desea ver aquel Angel custodio de quien le hablaba, le contesta que para lograr tanta dicha es preciso creer en Jesucristo; porque le cree dueño y señor de todos los ángeles, y por consiguiente de los ángeles del génio artístico. Vedla cómo contesta á los soldados, que pretendian apartarla de la fé cristiana



y moverla á sacrificar á los ídolos, compadecidos de que perdiese con la vida tanta delicadeza y hermosura: *«os engañais, les dice; yo no pierdo ninguna de estas cosas; no hago más que cambiarlas por otras infinitamente mejores: cambio estiercol por oro; una vil casa por un magnífico palacio, y piedras de ningún valor por una diadema cuajada de piedras preciosísimas:»* porque cree que Jesucristo es el más inagotable tesoro, capaz de enriquecer á todas las almas; el dueño y señor de la esplendente Jerusalem celestial, verdadera pátria de los justos, como su ideal es la verdadera pátria del artista, y el foco del brillo y esplendor de todas las bellezas, capaz de contentar al mas ambicioso génio. Ved, en fin, cómo á las últimas instancias del prefecto contesta llena de fé: *No te canses, Almaquio, que ninguna cosa de este mundo será capaz de romper los lazos que me unen con mi Señor Jesucristo.»*

Tal es, hermanos míos, tan profunda y absoluta la fé de CECILIA en Jesucristo, y en el ideal de su futura pátria. Imitémosla, pues, todos, queridos oyentes; y sobre todo vosotros, piadosos músicos, seguid la fé de CECILIA; y como ella, lograreis que en vuestro silencioso retiro, en los críticos y apurados momentos de vuestras creaciones, os visite el Angel inspirador del génio, ofreciéndoo la corona del triunfo.

## II.

Pero el músico no solo es un desterrado que suspira por su lejana pátria; es tambien un enfermo en su destierro, es un débil que necesita gran fé en el poder que ha de aliviar su enfermedad y su flaqueza.

Las lesiones orgánicas enferman al cuerpo, los pecados enferman el alma, las fealdades enferman al artista. Toda su vida está reconcentrada en la belleza, y su salud solo es completa, cuando todas sus funciones y todas sus facultades se desarrollan dentro de su esfera; cuando la vé con sus ojos, cuando la oye con sus oídos, cuando la palpa con sus manos, cuando la siente con su corazón, cuando la concibe con su génio, cuando la crea con su imaginación y cuando la realiza con sus instrumentos. La más leve mancha en un colorido, la menor desproporción en una figura, el más ligero desliz en una expresión, la más insensible disonancia en un concierto, son otras tantas saétas, que hieren en lo más vivo el corazón del artista y le hacen dar señaladas muestras de un profundo dolor, como diciendo: «esos elementos no son adecuados á las condiciones de mi existencia, me hacen daño, me ponen enfermo; esas manchas me ciegan, esas desproporciones me punzan, esos sonidos me golpean, esa atmósfera me asfixia, esos alimentos se me indigestan, todo mi ser artístico padece.»

Y si esto es muy cierto, no lo es menos que el artista en su destierro, en todos los horizontes de la realidad que le circunda, tropieza á cada paso con todos esos enemigos de su vida. Como el vicio está siempre confinando con la virtud y el error con la verdad, así también lo feo está siempre confinando con lo bello; porque la limitación está siempre confinando con la criatura, y no es posible percibir lo uno sin lo otro. Tras los físicos encantos de un rostro que cautiva, suele aparecer, ó la pesada desproporción del cuerpo, ó los pálidos reflejos de un espíritu apocado: al lado de la gentileza, la rusticidad; al lado del esmero, la desidia; al lado de la expresión, la estupidez: junto á la rosa, las espinas; la aridez, alternando con la frondosidad; el decaimiento, con la lozanía; la muerte, con la vida: tras el puro cristal de una fuente, el inmundo cieno de su fondo; y frente al límpido esplendor de los cielos, el ceño abrumador de las nubes. Y por lo que hace á los sonidos, ¿quién no ha experimentado la horrible incomodidad del zumbido, el graznido, el chillido, el rechinar, el cerdeó, el alboroto y el estruendo, con que muchos se manifiestan; en cambio de la suavidad, dulzura, variedad y melodía, con que otros nos recrean? Siempre este contraste; siempre esta dolorosa alternativa, que forma en torno de la vida del artista un vacío que le entristece, una atmósfera viciada que le enferma. Por eso se ha dicho con tanta verdad: *No hay gran génio sin melancolía.*

Ahora bien: ¿no habrá medio de hacer frente á

tanto mal? El artista, ¿estará privado de todo recurso para aliviar su situación, y condenado, como el Prometeo de la mitología, á dejarse devorar por los buitres de la fealdad, amarrado al Cáucaso de su desgracia con las cadenas de su impotencia? ¡Ah! no; no, que el artista tiene un poder especial, un poder que le eleva sobre la condición general de los demás hombres; un poder que sobrepuja al poder del filósofo, al poder del sabio, al poder del médico; un poder que casi le coloca al lado del mismo Dios: el grande, el magnífico, el incomparable poder de crear. Sí, hermanos míos; el artista tiene la virtud de crear. El filósofo descubre, el sabio inventa, el médico cura; pero el artista crea. El filósofo tiene que conformarse con la verdad que conoce, aunque sea amarga: el sabio tiene que someterse á la ley cósmica que descubre, aunque sea tiránica; el médico tiene que amoldarse á la contextura del organismo, aunque sea débil; ni el primero puede crear otra verdad, ni el segundo puede crear otra ley, ni el tercero puede crear otro organismo. Pero el artista..... ¡ah! el artista es otra cosa: el artista no tiene necesidad de contentarse con las bellezas creadas, con las bellezas finitas, con las bellezas feas,—si me permitís esta frase,—que le presenta el mundo real. El artista no es un esclavo, que tenga que recibir la ley de la realidad existente; es más bien un señor, que puede imponerse á la misma realidad, diciéndola: «puesto que eres tan avara de tus dones que no me ofreces belle-

zas mas puras, quédate á un lado con tus obras, que yo me crearé otras mejores; yo crearé otros continentes y otros mares, otras aves y otros peces, otros hombres y otras mugeres, otros espectáculos y otros conciertos, otros cielos y otra tierra: si, yo crearé otro mundo al lado del tuyo y en competencia con el tuyo.» Y en efecto, lo crea: no en cuanto á la sustancia, que en esto se diferencia del poder divino; pero si en cuanto á la forma. No crea un hombre, pero crea una imágen humana, mas bella que todos los hombres: no crea una yerba, pero crea un paisaje de arrobadores encantos: no crea un sonido, pero crea una armonía digna de los ángeles.

Ved aquí, nobles artistas del sonido, el gran remedio que la Providencia os depara para sanear vuestra atmósfera y aliviar vuestra enfermedad. No alcanzaréis es verdad, una salud completa; porque en esta vida no podreis realizar todo vuestro ideal, como tampoco lo realizan ni el filósofo, ni el sábio, ni el justo. Tendreis que superar muchos obstáculos; tendreis que sostener una porfiada lucha contra la resistencia de la materia, de los órganos, y de los instrumentos, en la que os esperan muchas derrotas; cierto, y por eso, si no teneis fé en vuestro poder, haréis lo que el enfermo que no crée en la virtud de la medicina, y se deja morir por no tomarla: imitaréis al soldado, que por no creer en el valor de su brazo ó en el buen temple de sus armas, se deja prender ó matar por un pigmeo cuando él acaso sería capaz de rendir á un gigante.

Pero si teneis fé en vuestro poder, como en vuestro ideal: si creéis firmemente en los sublimes modelos que este os inspira, y en la mágica fuerza que aquel os infunde, entrad animosos en el campo de batalla, que será tambien el campo de vuestros triunfos. Poco á poco y cada vez mas, os iréis sustrayendo á la influencia de la realidad desagradable: iréis ensanchando las fronteras de lo bello, y estrechando los dominios de lo feo en la region de los sonidos. Y si, como verdaderos creyentes, agregais á la fé en vuestro poder, la fé en el poder de la gracia, por medio de vuestras oraciones; si, como oraba el piadoso Angélico antes de coger los pinceles, orais tambien vosotros antes de coger la pluma, el papel ó el instrumento; si seguís la conducta de CECILIA, que con la fé en su poder y el arma de la oracion, triunfó de sus pasiones, puso á raya las de Valeriano, se burló de los halagos y las amenazas del prefecto y se sobrepuso á los tormentos del martirio, ¡ah! entonces veréis allanarse ante vosotros la imponente montaña de las dificultades: vereis desaparecer todos los obstáculos y huír todos los enemigos de la armonía, ante los rayos de vuestro génio y ante la energía de vuestro poder, como huyen las sombras ante los rayos de la luz, como se desvanecen las gotas de rocío ante el calor del sol. *Si habueritis fidem, sicut granum sinapis, dicetis monti huic: transi hinc illuc, et transibit. Si tuviéreis fe, como un grano de mostaza, direis á este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará: y nada*

*os será imposible: et nihil impossibile erit vobis.*

Entonces empezará vuestro espíritu el gran movimiento de ascension, y batirá sus poderosas alas, y sacudirá todos los miasmas de sonidos ásperos, disonantes, groseros ó livianos, y traspasará los horizontes de la realidad, y penetrará en los espacios ideales, y se remontará, como águila atrevida, hasta las mas puras y encumbradas regiones de la inspiracion, y volarán en torno suyo visiones celestiales, y le recrearán armonías angélicas, y dirá trasportado de alegría: «Gracias á Dios que me veo libre de aquella pesada y corrompida atmósfera; de aquella voz áspera, como el génio de donde sale; de aquel canto grosero, como las costumbres de su órgano; de aquel ruido estrepitoso, como las pasiones que lo producen; de aquel concierto lascivo, como los deseos que lo inspiran. Gracias á Dios que aquí no oigo mas que voces suaves como la paz, sonidos dulces como el amor, melodías alegres como la gloria, y conciertos armoniosos como las voluntades de los bienaventurados, Aquí vivo, aquí respiro, aquí gozo, aquí estoy sano. aquí estoy bien. *Bonum est hic esse.*»

Si, hermanos míos; al llegar á estas alturas, como á su propio Tabor, el artista se transfigura, y comunicando la propia transfiguracion á sus voces y á sus instrumentos, produce aquellos milagros del arte, que llevan consigo la admiracion de las generaciones, y nos obligan á decir lo que aseguran dijo el cardenal Pirani, decano del Sacro Colegio, al oír

una Misa de Palestrina: «Una armonía tan bella y tan suave no puede venir mas que de los cielos, en donde la felicidad es eterna.»

### III.

Por fin señores; digimos que el músico necesita la fé en su espresion; necesita creer que sus voces, sus armonías y todas sus creaciones, que constituyen su lenguaje, son la traduccion fiel y exacta de sus ideas, de sus sentimientos y de sus convicciones: porque, á la vez que desterrado y enfermo, es tambien un orador, que desea ver el triunfo de su palabra.

Y en efecto, hermanos míos, el músico es un orador; el músico es un gran orador, que pronuncia todo género de discursos: arengas patrióticas en el campo de batalla, sermones morales en el teatro, sermones dogmáticos en el templo, panegíricos ante un héroe, oraciones fúnebres ante un féretro, suplicatorias ante una calamidad, y eucarísticas ó de accion de gracias despues de un beneficio. Y bien; si no cree ni en el entusiasmo que se trata de escitar, ni en las virtudes que se elogian, ni en los misterios que se celebran, ni en las hazañas que se admiran, ni en la muerte que se deplora, ni en la gracia que se pide, ni en el beneficio que se agradece; ¿qué efecto han de



producir sus secas y desanimadas notas? ¿Cómo han de llegar á nuestras almas los sonidos que no salen de la suya? ¿Cómo ha de responder nuestro espíritu á unas voces, que solo salen de la materia y tan solo llaman al cuerpo? ¿Cómo ha de comunicar á sus creaciones la fé que él no tiene; y cómo sus creaciones han de llevar la conviccion que él no las dá? Si él empieza por no creer á su palabra, por no creerse á sí mismo, ¿cómo pretende que le crean los demás? ¡Ah! imposible. Sus notas morirán en el aire, como mueren las hojas que no reciben la sávia del tronco. Sus armonías espirarán á la puerta de los sentidos, porque salen sin fuerza para llegar hasta el corazon. Sus conciertos caerán bajo el peso de la incredulidad, en el suelo de la materia; por que no tienen raices para poder elevarse al cielo del espíritu. Y todas sus obras encontrarán, con sus autores, digna sepultura en lo mas hondo de las profundidades del olvido y el desprecio; como porcion indigna de figurar en la herencia de las generaciones. Tales músicos son los hipócritas y fariseos del arte: no los sigais.

Aprended mas bien de la gran maestra, la naturaleza, cuyos sonidos son siempre la verdadera y genuina espresion de sus intenciones. Ved, sino, como el silvido de los vientos corresponde á la agitacion de la atmósfera; y el bramido de los mares á la impetuosidad de sus corrientes; y el sonido de una moneda á la naturaleza de su metal; y el rugido de las fieras á la robustez y ferocidad de sus tendencias; y el canto

de los pájaros á la suave inclinacion de sus instintos.

Imitad, sobre todo, la gran fé de los artistas inspirados en la verdad de sus producciones. Imitad la fé de Moisés, que en su cántico á las orillas del mar rojo, vació todos sus sentimientos de gratitud y admiracion al Dios de las misericordias, al Salvador de su pueblo. Imitad la fé de David, que al pulsar las cuerdas de su instrumento, no hacía otra cosa que reproducir las pulsaciones de su corazon; y al entonar las sublimes concepciones de sus salmos, no hacía mas que reflejar los altísimos pensamientos de su espíritu. Imitad la fé de María, que depositó en el *Magnificat* todo lo profundo de su humildad, y todo lo grande y elevado de su reconocimiento á la bondad y omnipotencia divinas. Hacedlo así vosotros: derramad en vuestras obras vuestro propio espíritu: animadlas con el soplo de vuestro propio sentimiento y de vuestra propia conviccion, y entonces triunfareis de nuestros corazones, como el sábio triunfa de nuestras inteligencias: entonces vencereis nuestra aficion á las bellezas caducas del tiempo, elevando nuestras miras y nuestros deseos á las incomparables bellezas de la eternidad. Entonces, rendidas y presas nuestras almas con la cadena de oro de vuestras armonías, las pondreis sobre las alas de vuestra misma fé y de vuestro mismo entusiasmo; y las llevareis con vosotros á las sublimes regiones de vuestro ideal, como gloriosos trofeos de vuestras insignes victorias. Entonces tendrá vuestra oratoria, la oratoria de

vuestros cánticos y de vuestros instrumentos, toda la elocuencia y eficacia que tenia la oratoria de SANTA CECILIA.

Con efecto, hermanos míos, esta celosísima virgen y heroica mártir fué también un modelo de fé en la verdad de sus obras y de sus palabras; como que unas y otras eran la mas fiel espresion de sus pensamientos y de sus deseos; como que todas las manifestaciones de su vida no hacían mas que traducir las ideas y los afectos de su espíritu. De aquí aquella firmeza en sostener sus confesiones y en cantar las divinas alabanzas ante su esposo Valeriano, sin temer sus idolátricas aficiones; ante los soldados que la custodiaban, sin temer sus insultos; ante el prefecto, sin temer sus iras; en medio del agua hirviendo, sin sentir sus ardores; y bajo los sangrientos golpes de la cuchilla que tronzó su cuello, sin temor á la muerte que se le acercaba: porque como ella misma dijo á Almaquio, *es propio de la buena conciencia y de la verdadera fé, hablar con libertad y sin cobardía*. De aquí también aquella uncion y eficacia que comunicaba á todos sus discursos, á todos sus cánticos, y á todas las notas del instrumento con que solía acompañarlos; con cuya uncion y eficacia hizo tantas conquistas para el Cielo, y ató al carro de sus triunfos á su esposo Valeriano, á su cuñado Tiburcio, á mas de cuatrocientas personas que oyeron sus discursos, á los soldados, y á otras mil, que al ver sellada la fé en su palabra con la san-

gre de sus venas, al ver como crecia el heroismo de su espíritu al paso que decaían las fuerzas de su cuerpo; al ver como se trasparentaban todas las virtudes de su corazon y toda la gracia de su alma á través de la palidez de su rostro, de la débil voz de sus lábios, de la agonía de su muerte y de los últimos suspiros de su vida, no pudieron menos de esclamar: «Esto es grande, esto es sobrehumano; esa es la voz de la verdad, esos son los resplandores de la belleza; CECILIA enseña la verdadera fé, nosotros queremos seguir la fé de CECILIA; nosotros queremos abrazar la religion de CECILIA; nosotros queremos sufrir el martirio de CECILIA....» ¡Oh! y ¡que gloria para CECILIA, hermanos míos, entrar triunfante en la Jerusalem celestial, con la doble corona de vírgen y de martir, y seguida de tantos y tan ilustres prisioneros de su palabra, de su ejemplo y de sus armonías, en medio de los vivas y las aclamaciones de todos los bienaventurados!

¿No és verdad que tambien vosotros, fieles discipulos de CECILIA, aspirais á la misma gloria? Pues asegurad bien el asiento de vuestro génio sobre estos tres vértices del triángulo que debe formar la base de vuestro trabajo: la fé en vuestro ideal, la fé en vuestro poder y la fé en vuestra espresion; único medio de que la pirámide que levanteis con el ejercicio de vuestra profesion, llegue á tocar con su cúspide en el cielo. Sigamos todos, hermanos míos, el ilustre ejemplo de fé que nos dió CECILIA; porque

siendo la fé, como enseña el Santo Concilio de Trento, la raiz de la justificacion, de esta raiz bien regada y cultivada, saldrá el frondoso árbol de nuestra justicia; y tras este árbol, vendrán las flores de todas las virtudes; y tras estas flores, vendrán los frutos de la santidad, y tras estos frutos vendrá la gloria inmortal, que á todos os deseo.

*Examinado de nuestra órden el precedente panegí-  
rico y no conteniendo nada contrario á la fé y á la  
moral segun dictámen del censor, concedemos nues-  
tra licencia para la impresion.*

*Palencia 4 de Diciembre de 1877.*

EL OBISPO.



AL

DR.

ANDEZ,

TA

SILLA EPISCOPAL